

## *El guardador de silencios*

*Guardar silencio es un acto de rebeldía. Porque no hay palabras que describan nuestro estado de penuria, nuestra voluntad de ser heréticos. Hurtamos la palabra ante la muerte, ante la opresión y ante el olvido.*

MARÍA ZAMBRANO

### 1

Subías por la Calle de la Fuente más deprisa que otros días. Tenías los pies fríos como témpanos de hielo y acababas de saber la fecha de tu jubilación. Dos buenas razones para mover las piernas con garbo. Aunque quizá la verdadera causa de tu ligereza era la urgencia de llamar a tu mujer y decírselo: “En cuanto llegues, llama”, te había dicho.

Al llegar a la biblioteca, tu mano buscó el manojito de llaves en el bolsillo del pantalón. Las sacó con calma. Metió en la cerradura la correcta y la hizo girar una vez y luego otra. Un leve empujón y la puerta se abrió. Cruzaste la sala de lectura para subir las persianas y mirar por la ventana los terrenos vacíos. “Te jubilas sin ver la ampliación de la biblioteca”, fue tu lamento. Luego pulsaste en el teléfono. Ella descolgó:

—Dime, ¿para cuándo?

—Tenemos fecha exacta —dijiste—. El uno de abril.

—Que disfrutes el mes que te queda —añadió y colgó.

Soltabas el teléfono. Alguien llegaba, lo supiste por sus pisadas y porque quien fuera venía silbando. Cada vez estaba más cerca. Era muy raro que viniera alguien tan pronto, aún no era la hora de abrir. El silbo era potente, claro, y recordaba la fuerza de La muerte tenía un precio. Su autor apareció en la puerta. La cruzó sin dejar de silbar y avanzó hasta plantarse en el medio de la sala. Allí se detuvo y, con la misma melodía del silbo, cantó: “El torito se mete en el agua, embistiéndola al ver que se ha ido”.

¿Quién podía ser aquel ‘figura’? A esas horas. Un señor con portes de artista, que muy bien podría haberse escapado de alguna revista del corazón: alto, fuerte, impecable con su traje azul oscuro e interpretando una canción del Fary. El exceso de pulcritud no evitó, sin embargo, que recordases al ‘hombre del casino provinciano’: “mustia la tez, el pelo cano”. No podías saber si tenía o no los “ojos velados por melancolía”, no se quitó las gafas de sol. “Bajo el bigote gris, labios de hastío, y una triste expresión, que no es tristeza, sino algo más y menos: el vacío del mundo en la oquedad de su cabeza.”

—Señor bibliotecario sepa que desde ayer por la tarde soy su jefe —dijo sin dejar de señalarte con su índice derecho—. Vamos a hacer obras —añadió como quien revela un secreto.

—Vaya —te atreviste a intervenir—, un gobierno que cumple sus promesas. Por fin ampliarán la

biblioteca.

—Se equivoca. Aquí irá mi despacho.

Lo dijo poniendo los brazos en cruz como dando a entender que la sala de lectura quedaría cortada por la mitad.

—¿Qué haremos con todos estos libros?, — indicaste las cajas amontonadas junto al ventanal—, llevan años esperando un sitio digno.

Al pronunciar las palabras “sitio digno”, aquel hombre se quitó las gafas de sol, te miró con ojos anegados en ira. Te señaló otra vez con el mismo índice. Un dedo muy pequeño en proporción a su cuerpo. Te arrepentiste de haber hablado y juraste que guardarías silencio. Debía ser la milésima vez en tu vida que hacías ese juramento. Por eso sabías que el sublime acto de imponer silencio a la lengua acarrea a la oreja pérdida de atención. Así que las palabras del jefe te llegaron al cerebro como una vieja bronca de escuela, perdidas y sin fuerza, a pesar de que su lenguaje era cada vez más grueso. En resumen, gritó que lo que se hiciera con los libros no era de tu incumbencia, que tú lo que tenías que hacer era desaparecer una semana. Allí se haría un despacho por sus cojones. “Palabra del Boss”, redondeó el espectáculo.

Durante la cena, celebraste con tu mujer la noticia de la jubilación, pero no hablaste mucho. Contaste el asunto del ‘nuevo jefe’ y se rio. “¿Quién es ese hombre?”, te preguntó. Y respondiste que era el ‘Boss’, que así se había presentado él. También confesaste tu estado de nervios por el asunto de las obras en la biblioteca: “Me jubilo y no la amplían”. Que no era de recibo que se fuera a construir un despacho en lugar de hacer más grande la biblioteca.

Fue un error egoísta por tu parte, porque conseguiste que también ella se preocupase.

Después, ya en la cama ella dejó de leer, soltó el libro en su mesilla y te miró:

—Cuéntame cosas de ti.

Te había hablado porque estabas callado, cada noche eras tú quien comenzaba la charla: un cruce de palabras y caricias que os guiaban por los laberintos de la lujuria hasta el coito.

—A veces siento que tienes secretos que no te atreves a contarme —reforzó su petición.

Sus palabras daban de lleno en la diana de tu alma. Sonreíste. Te besó. Se colocó sobre ti, como tantas noches. Hablaste en tono de misterio como si citases a algún autor existencialista de aire apocalíptico:

—El hombre fracasado está alcanzando al hombre bueno.

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha trastocado la índole la idea de jubilarte?

—Te acuerdas aquella noche de Reyes que me dijiste: “¿Sabes?, les he pedido a los Reyes Magos que dejes de beber?”

—Claro que me acuerdo —dijo sonriendo—. Y hasta creo que te trajeron lo que les pedí.

Asentí con movimientos de cabeza antes de confesar:

—Lo que no te imaginas es lo que yo les pedí para ti.

—No estés tan seguro —sonrió con ojos de picardía—. ¿Qué pediste?

—Lujuria —dijiste—. Mucha lujuria. De día, de

noche. Lujuria a todas horas.

—Bueno, pues eso mismo fue lo que yo pedí también para mí. —Volvió a reír.

—Pues sabes lo que te digo. No me importaría que se llevasen ahora toda esa lujuria con tal de que sacaran de mi vista a este nuevo jefe.

—No lo des más vueltas. Te queda un mes de trabajo. Y encima ha empezado dándote una semanita de vacaciones...

Te preguntó si estabas ya más tranquilo, y tú, en lugar de responder a su pregunta, demostraste que estabas muy preocupado, porque soltaste una expresión híbrida de pregunta y exclamación:

—¿Qué demonios será la conciencia!

Eso dijiste y, acto seguido, sentiste una risa cálida muy cerca de tu oreja izquierda y una mano sobre el pene.

—Ahora comprendo la grandeza de tu desasosiego —ironizó.

— ¿Y eso? —preguntaste haciéndote el ingenuo.

—La tienes inconsciente total. —Rio.

Tenía su gracia esa manera de referirse a tu miembro como un ser en estado de inconsciencia. Sonreíste. Te acarició el vientre alrededor del ombligo. Deslizó la mano hacia el pecho unos instantes, sin perder el ritmo de las caricias. Volvió a llevar la mano hacia el vientre y siguió bajando hasta rozarte levemente los testículos. Luego te tomó otra vez el asunto ‘inconsciente total’ y dejó su mano quieta. En la calle zumbaba el viento con fuerza. Chillaban las hojas de las palmeras. Intentabas respirar despacio para estar tranquilo y en ese punto de placidez debiste encontrar la puerta del sueño.

Al día siguiente y a la hora de costumbre, te presentaste en la biblioteca. Todo parecía tranquilo. Un cartel indicaba: “CERRADO POR OBRAS”. Te asomaste por el cristal de la puerta enmarcando la cara entre las manos. Una cuadrilla de obreros se afanaba dentro con la armonía de un equipo de hormigas. Al verte, uno de ellos, muy joven, abrió la puerta.

—Me he imaginado que sería usted —explicó—. He supuesto que al ser el bibliotecario querría ver las obras.

—Gracias. Me preocupa mucho qué pasará con los libros que hay en los trozos de pared que se comerá el despacho —le aclaré a aquel joven.

—Por esos libros no se preocupe —me tranquilizó—. Los he guardado en ese cuarto de la entrada.

—¿Y las cajas que estaban junto al ventanal? —preguntaste con temor.

—Esos... —habló muy bajo mientras movía la cabeza como decepcionado—, los hemos despachado.

—¡No! —proferiste como si pretendieras expulsar de ti toda incredulidad.

—Sí —confirmó otro de los obreros y te explicó abriendo los ojos en exceso—: ¡El Cheriff!

—¿El Sheriff? —repetiste extrañado.

—Sí hombre —aclaró—: el mequetrefe ese que nos han puesto de jefecillo. ¿Me comprende? —Asentiste con la cabeza y el hombre siguió hablando—: Ha estado aquí hurgando en las cajas un rato y ha dicho “Bah. Antigallas. ¡Cómo puede guardar ese hombre

tanto libro añejo! ¡Despachadlos!”

—Despachadlos —repetiste para estar seguro de que era esa la palabra que acababas de escuchar referida a los libros antiguos, los que guardabas para colocar en un lugar especial—. Y ¿dónde los habéis despachado? —preguntaste.

—Al lado de los contenedores de basura —explicó él—. En la Plaza de la Fuente.

Empezaste a calcular si habría pasado ya el camión de recogida cuando apareció uno de los trabajadores de la limpieza. Se dirigió hacia ti con aire de indignación: “A ver si es que ahora el bibliotecario se ha vuelto majara, como esos bomberos que se trastocan y se dedican a provocar incendios, y anda tirando los libros.” Cuando uno de los obreros le hubo aclarado el asunto, él concluyó: “Más temprano que tarde tendremos problemas con ese mequetrefe.”

Pusieron las tres cajas de libros en el cuarto que hacía de almacén. Entraste y cerraste la puerta por dentro para que no entrase el polvo de la obra. Hiciste idea de revisar aquellos libros, pero al abrir la primera caja te topaste con las Confesiones de San Agustín, y no miraste más. Leíste algunos fragmentos al azar al tiempo que te hundías en la nostalgia. Gracias a ese libro, y el paso de los años, tu mente había ido construyendo una filosofía de la biblioteca a imagen de la idea agustiniana de Dios: el Ser Óptimo, de fuerza inmensa e infinitamente sabio y bello. Un Dios callado, como los libros, como la biblioteca. Un santuario donde el silencio de los libros en la sala sin gente te atraía sin remedio. Nunca vencías la tentación de caminar por los pasillos de estantes tupidos de libros. Como si las palabras VERDAD, BELLEZA Y BONDAD te llamasen desde dentro de cada libro.

Te imaginabas perdido en un laberinto de poemas, ideas y personajes. Alguna vez llegaste a sentir la claridad suave de los versos de Juan de la Cruz como una brisa, como el rumor del río, como esa dulzura envolvente de una voz amable.

En muchas ocasiones se te revelaron los misterios de palabras, en apariencia impenetrables, por lo que encierran de absolutas, palabras como “poder”, “sabiduría”, o “Dios” se volvían claras y sencillas. En definitiva, todo lo contrario al acto de menosprecio de un ser que entraba silbando y rompía el silencio de los libros y la quietud de las personas que allí estaban.

Te pareció que esos pensamientos te estaban entreteniéndote más de lo necesario. Soltaste en su caja el libro de San Agustín que te había hecho entender ese misterio de la conciencia que consiste en hablarle “de tú” a uno mismo con las mismas palabras con las que él le hablaba a Dios.

Se escucharon procedentes de la calle unas pisadas firmes al compás de unos silbos.

—¡Viene el mequetrefe! —oíste que advertía uno de los obreros—. Y viene con “El conejo de la Loles” —rieron.

Una especie de calambre te recorrió el cuerpo desde el pie izquierdo hasta la cabeza. Sentiste pinchazos en las sienes, y la mano derecha se te cerró con tal rigidez que te pareció tener un puño de granito. Esperaste un instante antes de salir, y lo hiciste justo en el momento en el que el Boss terminaba sus silbos y preguntaba:

—¿No ha venido el bibliotecario? —Y al instante reaccionó—: Vaya, está usted aquí. Ya me han contado que ha recogido los libros que habían tirado



a la basura estos cenutrios.

Los cuatro obreros cruzaron miradas y se encogieron de hombros. El más joven no se mordió la lengua:

—Aquí se ha hecho lo que usted mandó: se despacharon.

—Está bien. Vale. Vale. Pero a ver qué vamos a ir contando por ahí —dijo sin dejar de mirarte.

—Aquí no mentimos —replicó el joven—: Al pan, pan, y al vino, vino.

—¿Usted no tiene nada qué decir? —te preguntó.

Negaste con un movimiento de cabeza y echaste a andar en dirección a la salida. Ya en la calle, caminaste hacia la Plaza de la Fuente. Abrías y cerrabas la mano derecha, que seguías notando dura y agarrotada como si no fuera de carne. Respiraste hondo varias veces.

La semana de vagar se pasó pronto. Llegaba el momento de volver a la biblioteca. Mientras te duchabas hiciste repaso de lo ocurrido: Habías aprovechado para dormir, o más bien para estar en la cama.

Dormiste de noche y de día. Unos ratos ocupaste la cama y otros el sillón de orejas, junto a la estufa. Unas veces dormías y otras pensabas. Acostumbras a padecer esos ataques de sueño, cuando estás de mal humor, o cuando necesitas pensar para redactar algún escrito de ese género que tú consideras cínico o, dicho a las claras, insultante. También contribuyó a ello el tiempo lluvioso de marzo. Gracias a ese estado de semiletargo escribiste un par de articulillos. Al primero lo llamaste ‘San Agustín en la basura’.